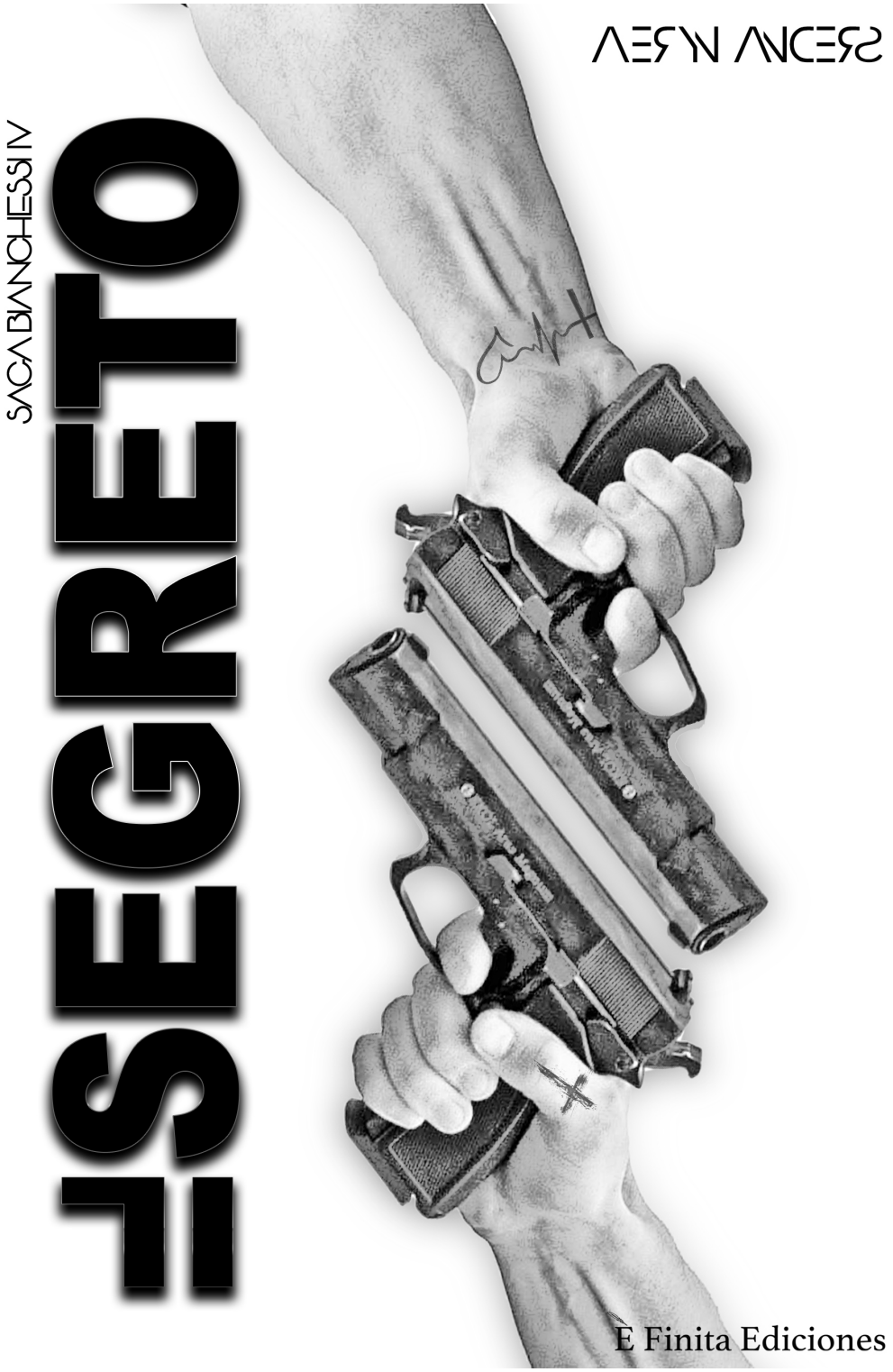
# Il Segreto

Aeryn Anders



# Capítulo 1

Prólogo

*Roma, noviembre 2017*

La quietud quedó acallada por el murmullo de las voces que se extendían a lo largo del lugar. Los empleados, nerviosos, caminaban de un sitio a otro para cerciorarse de que todo salía según lo previsto. Durante semanas ensayaron cada uno de los protocolos estipulados, porque sabían que, si fallaban, nadie volvería a contratarlos, aquellas eran las consecuencias de trabajar para la familia más poderosa de Roma.

Se ubicaron en sus respectivos puestos cuando los invitados comenzaron a llegar, de manera puntual, a la colina con forma de cuadrilátero donde se celebraría el enlace más sonado del año. Ninguno de los presentes daba asenso, no por quién contraía matrimonio, sino porque fuera tan sonada, algo poco asiduo dentro de las familias del estatus Bianchessi. Un total de cuatrocientas personas, venidas de cada punto cardinal del país, invadirían los casi dos kilómetros que ocupaba el monte Palatino, lugar escogido por la pareja para dar el sí quiero, y ser testigos de ello.

No fue ningún impedimento para Enrico ni le llevó más de lo estipulado cerrarlo al público ese sábado otoñal. Cuando se iniciaron los preparativos de la boda el deseo fue claro; si no lo hacían en el Hipódromo de Domiciano no se celebraría el enlace, y el italiano no quería más dolores de cabeza, el cupo lo tenía cubierto con los que le provocaba ser el capo de la familia Bianchessi. Así que, cuando Andrea se lo pidió aquella noche, dijo sí. Sabía que ella no disponía de los contactos necesarios para lograrlo, pero él sí. Solo tuvo que realizar una llamada, alguien importante de la ciudad le debía un favor que pensaba cobrar.

Del resto de preparativos se encargó la murciana. Contrató los servicios de una empresa de carritos de golf para trasladar a los invitados hasta las escaleras que daban acceso al recinto. No le parecía correcto que las señoras subieran la colina con zapatos de tacón o llegaran sudadas al gran evento.

La pequeña caminata que debían realizar era cautivadora. Observar los jardines a varias alturas y pasar frente al palacio de Severo sin la molesta presencia de los turistas que colapsaban a diario la zona, era suficiente para disfrutar de ella. Ninguno tendría la oportunidad de estar allí de

aquella forma tan íntima.

Anexo al palacio se encontraba el Hipódromo, una estructura con apariencia de circo romano; pero no contaba con las dimensiones necesarias para las carreras de carros, más bien era un estadio griego y, aunque en la época llegaron a celebrarse eventos deportivos, todo el mundo pensaba que se construyó para ser un jardín privado.

El altar lo ubicaron dentro del semicírculo formado con las ancestrales piedras. Frente a él colocaron las sillas engalanadas en tela de seda blanca protegidas por una estructura de forja adornada con flores blancas y una lona en el techo del mismo color y entre ellas, un pasillo marcado por una alfombra roja donde comenzaron a desfilar los invitados para tomar asiento. Los últimos en caminar por ella fueron Aarón, Lucía y Tony que ocuparon los primeros asientos de la zona derecha, y Mauro y Alessia Bianchessi los de la izquierda.

Marco quedó rezagado y con un leve movimiento de cabeza, indicó a Alba que se adelantara, él tenía un asunto pendiente que resolver. Con mala cara su acompañante se soltó de su brazo y comenzó a caminar por la alfombra en solitario. Los murmullos de los presentes la incomodaron más de lo que se sentía por recorrer los metros sin la presencia de su pareja, aquel desplante no lo perdonaría con facilidad.

Los bisbiseos cesaron en el instante que Valentino —vestido con el traje de gala del ejercito, el mismo que llevaba años sin usar— se posicionó frente al altar acompañado por Enrico. Los niños del coro, vestidos con pantalón negro y camisa blanca, se colocaron en hilera junto al piano blanco de cola a la espera de que el maestro tomara posición. Los primeros acordes de *Orobroy* de Dorantes comenzó a sonar junto a las voces angelicales. Una vez finalizada la exquisita pieza escogida por Roberto —puesto que le recordaba a su Sevilla natal—, los asistentes quedaron a la espera de que el otro flamante novio los deleitara con su presencia y comenzara el gran evento.

Los invitados miraron al cielo al escuchar el sonido de los primeros cohetes aunque la tela blanca les impedía verlos con nitidez y de inmediato, giraron la cabeza hacia atrás para no perderse a Roberto, acompañado de Andrea, caminar hacia el altar.

—¡Mamá!

El primer grito, surgido de la garganta de Alba, frenó la andadura del novio.

Los hombres Bianchessi y los del resto de familias, tomaron posiciones al distinguir —entre el ruido de los cohetes— el característico sonido de los disparos que impactaban entre los presentes, creando un reguero rojo que

se fusionaba con el color de la alfombra.

—¡Valentino! —gritó Roberto al verlo caer en mitad del altar y a Enrico arrodillarse junto a él.

La histeria no tardó en adueñarse de los presentes, los cuales corrían en dirección contraría a las balas.